## CUARTA PARTE

# FECUNDIDAD DE LAS OBRAS POR LA VIDA INTERIOR

### 1.° *La vida interior es para las Obras la condición de su fecundidad*

Prescindiendo de la fecundidad que las obras pueden adquirir de lo que los teólogos llaman *ex opere operato,* hablamos aquí de la que reciben *ex opere operantis* y a este propósito recordamos que si el apóstol realiza el *Qui manet in Me et Ego in eo,* la fecundidad de su obra está asegurada por Dios: *Hic fert fructum multum* (1). Este texto es la prueba más convincente: huelga, después de su Autoridad, probar la tesis. Nos limitaremos a corroborarla con ejemplos.

Durante más de treinta años hemos seguido, aunque de lejos, la marcha de dos instituciones de huérfanos dirigidos por dos Congregaciones distintas. Las dos tuvieron épocas de crisis manifiestas. ¿Por qué

(1) El que está en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto (Juan, XV, 5).

no decirlo? De dieciséis huérfanas recogidas en idénticas condiciones, que dejaron los asilos a su mayor edad, tres de la primera y dos de la segunda pasaron, en el período de ocho a quince meses, de la comunión frecuente a la mayor abyección de la escala social. De las once restantes, una sola sigue siendo sólidamente cristiana, a pesar de que a todas, a su salida, se las colocó en casas serias.

Hace once años que una de las superioras de aquellos orfelinatos fue trasladada, quedando las demás religiosas. Seis meses más tarde podía advertirse el cambio radical que se operaba en el espíritu de la casa.

Idéntica transformación pudo observarse en el otro orfelinato, al cabo de tres años, en que siguiendo todas las religiosas con su superiora en la casa habían cambiado de Capellán.

Desde entonces, ni una sola de las jóvenes, a su salida, ha caído en el fango. Todas, sin excepción, siguen siendo buenas cristianas.

La razón de estos resultados es muy sencilla. En un principio, faltaba en el gobierno de la casa o en el confesonario una dirección interior eminentemente sobrenatural, y así se paralizó, o atenuó por lo menos, la acción de la gracia. La antigua superiora en el primer caso, y el primer Capellán en el segundo, aunque sinceramente piadosos, carecían de una sólida vida interior, y por eso su *acción no era profunda ni duradera*. Piedad sentimental, piedad del ambiente, de imitación, hecha exclusivamente de prácticas y hábitos, lo cual producía tan sólo unas creencias vagas, un amor poco ardiente, y unas virtudes superficiales. Piedad floja, hecha de exhibición,

de cominería o de rutina. Una piedad de alfeñique, propia para formar niñas incapaces de causar la menor molestia, con inclinaciones y reverencias, pero sin vigor ni energía de carácter, dirigidas exclusivamente por la sensibilidad y la imaginación. Piedad, por tanto, incapaz de abrir horizontes amplios a la vida cristiana y de formar mujeres fuertes, preparadas para la lucha, que se limitaba a retener a aquellas jóvenes desgraciadas, que languidecían entre las cuatro paredes del asilo, esperando el día en que podrían dejarlo para siempre. Toda esa vida cristiana pudieron infiltrar en aquellas jóvenes unos obreros evangélicos que desconocían casi en absoluto la vida interior. Bastó que se hiciera el cambio de una Superiora y de un Capellán para que todo se transformase. La oración comenzó a entenderse de otra manera, y los sacramentos fueron más eficaces. Variaron las actitudes en la capilla, en el trabajo y en el recreo. El cambio operado fue radical y lo expresaban la alegría serena que reinaba en los semblantes, la animación, las virtudes sólidas y, en muchas, un deseo ardiente de tener vocación religiosa. ¿A qué atribuir aquella transformación? Sencillamente, la nueva Superiora y el nuevo Capellán eran almas interiores.

En otros muchos Pensionados, Externados, Hospitales, Patronatos, y aun Parroquias, Comunidades y Seminarios, cualquier observador perspicaz habrá podido observar que los mismos resultados obedecen a idénticas causas.

Oigamos a San Juan de la Cruz en el Cant. Espirit. est. XXIX: "Adviertan aquí los que son muy activos, que piensan ceñir al mundo con sus predica-

ciones y obras exteriores, que mucho provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios (dejando aparte el buen ejemplo que se daría) si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración... Cierto, entonces harían más y con menos trabajo, y con una hora que con mil, mereciéndolo su oración, y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella, porque de otra manera todo es martillar y hacer poco más que nada, y aun a veces daño; porque Dios os libre que se comience a envanecer *la tal alma,* que aunque más parezca que hace algo por de fuera, en sustancia no será nada; porque cierto es que las obras buenas no se pueden hacer sino en virtud de Dios. ¡Oh cuánto se pudiera escribir aquí de esto, para los que abandonan la vida interior, puesta la mira en las obras que deslumbran, para adquirir fama y ser vistos de todos! Esta clase de personas no tienen idea del manantial de aguas vivas ni de la fuente misteriosa que todo lo fertiliza."

Algunas palabras del Santo son tan duras como la frase de San Bernardo "*Ocupaciones malditas*", que citamos en los capítulos anteriores. No hay que calificarlas de exageraciones porque Bossuet dice de San Juan de la Cruz que es el Santo del gran sentido práctico, que se preocupa de poner en guardia contra el afán de las vías extraordinarias para llegar a la santidad y que expresa con admirable precisión los pensamientos más profundos.

Examinemos algunas causas de la fecundidad de la vida interior.

a) LA VIDA INTERIOR ATRAE LAS BENDICIONES DE DIOS

*Inebriabo animam sacerdotum pinguedine, et populus meus bonis meis adimplebitur* (2). Notemos la relación de las dos partes de este texto. No dice Dios: "Daré a mis sacerdotes más celo ni más talento", sino "Henchiré su alma." ¿Qué significa esto sino que los llenará de su espíritu y les comunicará gracia de elección, para que "*su pueblo reciba la plenitud de sus bienes*"?

Dios hubiera podido distribuir su gracia según su beneplácito, sin mirar a la piedad de su ministro ni a las disposiciones de los fieles. Así obra en el bautismo de los niños. Pero, por ley ordinaria de su Omnipotencia, esos dos elementos miden los dones celestiales.

*Sine me nihil potestis facere* (3). Tal es el principio. Corrió la sangre redentora en el Calvario; ¿cómo asegurará Dios su primera fecundidad? Por un milagro de difusión de la vida interior. Antes de Pentecostés, los apóstoles tienen una cerrazón de ideal y de celo que espantan; desciende sobre ellos el Espíritu Santo; los transforma en hombres de vida interior, y su predicación hace maravillas. Por vía ordinaria Dios no renovará el prodigio del Cenáculo, sino que vinculará sus gracias a la libre y esforzada correspondencia de sus criaturas.

Pero al hacer de Pentecostés la fecha oficial del nacimiento de la Iglesia, ¿no da a entender su de-

---

(2) Saciaré el alma de los sacerdotes con otras pingüísimas carnes, y el pueblo mío será colmado de bienes (Jer., XXXI, 14).

(3) Sin mí nada podéis hacer (Juan, XV, 5).

seo de que sus ministros sean santos, antes de asumir la tarea de corredentores?

Por esto, los verdaderos obreros apostólicos confían más en sus sacrificios y oraciones que en su actividad. El P. Lacordaire hacía una larga oración antes de subir al púlpito, y de vuelta a su celda, se disciplinaba. El P. Monsabré no predicaba sus conferencias de Nuestra Señora de París sin antes rezar de rodillas los quince misterios del rosario. A un amigo que le hablaba de esto, le contestó: "Es la última infusión que tomo antes de subir al púlpito." Estos dos religiosos vivían de este principio enunciado por San Buenaventura: Los secretos de un apostolado fecundo se encuentran al pie del crucifijo, mejor que en el despliegue de las cualidades más brillantes. *Manent tria haec: verbum, exemplum et oratio, major autem his, est oratio* (4), dice San Bernardo. Expresión muy fuerte, pero exacto comentario de la resolución que tomaron los apóstoles de dejar ciertas obras para dedicarse a la oración. *Orationi* primero y después el ministerio de la palabra: *Ministerio verbi* (5).

¿Hemos subrayado bastante a este propósito la importancia primordial que el Salvador da al espíritu de oración? Dirigiendo su mirada al mundo y a los siglos que vendrían después, y viendo la muchedumbre de almas llamadas a recibir los beneficios del Evangelio, dice entristecido: La mies es mucha y los obreros pocos. *Messis quidem multa, operarii autem pauci* (6). ¿Qué medios escoge para exten-

---

(4) Estas tres cosas quedan: la palabra, el ejemplo y la oración. La oración es la mayor de las tres.

(5) Act. VI, 4.

(6) Mat. IX, 37.

der su doctrina con mayor rapidez? ¿Ordenará a sus discípulos que frecuenten las escuelas de Atenas o que vayan a Roma a escuchar de labios del César la estrategia para conquistar y administrar los imperios?... Hombres de celo, escuchad al Maestro. Su programa se cifra en este principio luminoso que va a descubrirnos. *Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam* (7). Para nada menciona las organizaciones sabias, ni los recursos, ni los templos y escuelas que deben construirse. *Rogate ergo.* El principio fundamental es la oración; el espíritu de oración. El Maestro no cesa de repetirlo. Todo lo demás se dará por añadidura.

*¡Rogate ergo!* Si el tímido murmurio de la oración de un alma santa puede suscitar más legiones de apóstoles que la voz elocuente de un reclutador de vocaciones que tiene menos espíritu de Dios, hemos de confesar que la fecundidad de los trabajos de los verdaderos apóstoles tiene su origen en el espíritu de oración que los informa, el cual corre parejas con su celo.

*¡Rogate ergo!* Comenzad por orar; después es cuando Nuestro Señor añade: *Euntes docete..., praedicate* (8). Dios sin duda utilizará el medio de la predicación, pero las bendiciones que hacen fecundos los ministerios están reservadas a las plegarias del hombre de oración; plegarias que tienen el poder de extraer del seno del Padre los efluvios ardientes de una acción irresistible sobre las almas.

---

(7) Rogad al Señor de la mies que envíe operarios a su mies (Mat. IX, 38).

(8) Id a enseñar..., predicad. (Mat. X, 7)

Pío X, con su autorizada palabra, pone de relieve la tesis de nuestra modesta obra, cuando dice:

*Para restaurar todas las cosas en Cristo por medio del apostolado de las obras, es necesaria la gracia de Dios, y el apóstol no la recibe si no está unido a Cristo. Formemos a Jesucristo en nosotros, para poder devolvérselo a las familias y a las sociedades. Cuantos participan en el apostolado están obligados a ser verdaderamente piadosos* (9).

Lo que hemos dicho de la oración ha de aplicarse al otro elemento de la vida interior, o sea *al sufrimiento, dentro del cual entra todo cuanto contraría* a la naturaleza interior o exteriormente.

Un hombre puede sufrir como un pagano, como un condenado o como un santo. Para sufrir con Jesús hay que aspirar a sufrir como un santo. Sólo entonces nos aprovecha el sufrimiento y sirve para que la Pasión pueda aplicarse a las almas.

*Adimpleo ea quae desunt passionum Christi in carne mea, pro corpore ejus, quod est Ecclesia* (10). *Impletae erant,* dice S. Agustín comentando este pasaje, *impletae erant omnes, sed in capite restabant adhuc passiones Christi in membris* (11). *Praecessit Christus in capite;* Jesucristo sufrió como Cabeza. *Sequitur in corpore:* Ahora le toca sufrir a su cuerpo místico. Todo sacerdote puede decir: Ese cuerpo soy yo; soy un miembro de Cristo y debo completar para su cuer-

(9) Enc. de S. S. Pío X a los obispos de Italia, 11 de junio de 1905.

(10) Suplo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo por el cuerpo de él, que es la Iglesia (Colos. I, 24).

(11) Los sufrimientos de Cristo eran completos, pero sólo en la cabeza; faltan los sufrimientos de sus miembros místicos.

po, que es la Iglesia, lo que les falta a los sufrimientos de Cristo.

El dolor, dice el P. Fáber, es el más excelso de los Sacramentos. Este profundo teólogo muestra la necesidad del dolor y explica sus glorias. Todos los argumentos que expone pueden ser aplicados a la fecundidad de las obras, en virtud de los sacrificios del obrero evangélico, unidos al sacrificio del Gólgota, mediante los cuales participa en la eficacia infinita de la Sangre divina.

### b) La vida interior hace al apóstol santificado por el buen ejemplo

En el sermón de la Montaña, el divino Maestro llama a sus apóstoles *sal de la tierra y luz del mundo* (12).

Somos sal de la tierra en la medida en que somos santos. Si la sal se desvanece, ¿para qué sirve? *Ab inmundo quid mundabitur?* (13). Sólo vale para ser arrojada y pisada. En cambio, el apóstol piadoso, verdadera sal de la tierra, será un eficaz agente de conservación, en medio de este mar corrompido que es la sociedad humana. Faro que brilla en la noche, *lux mundi*, la luz de su ejemplo, mejor que su palabra, disipará las tinieblas acumuladas por el espíritu del mundo, y hará que resplandezca el ideal de la verdadera dicha, que trazó Jesús en el Sermón de las ocho Bienaventuranzas.

---

(12) Mat. V, 3.

(13) ¿Qué puede salir de puro de un manantial impuro? (Eccl. XXXIV, 4).

Lo que más anima a los fieles a practicar una vida verdaderamente cristiana es precisamente la virtud de quien tiene la misión de enseñársela. En cambio sus flaquezas les alejan del Señor de una manera inevitable: *Nomen Dei per vos blasphematur inter gentes* (14). Por eso todo apóstol debe tener en las manos la antorcha del ejemplo antes que en los labios las palabras brillantes, y practicar el primero las virtudes que predica. Quien tiene la misión de decir cosas grandes, está obligado a practicarlas, según la palabra de San Gregorio (15).

Se ha dicho con razón que los médicos de los cuerpos pueden curar a los enfermos de la enfermedad que ellos padecen; pero para curar las almas es indispensable tener el alma sana, porque la cura se realiza por el don de sí. Los hombres están en su derecho al ser exigentes con quien tiene la pretensión de enseñarles a reformarse. Al momento observan si hay conformidad entre sus palabras y sus obras o si la moral de que se reviste el apóstol es una envoltura de hipocresía y en conformidad con el resultado de sus observaciones, dan o retiran su confianza.

¡Con qué autoridad podrá hablar de la oración aquel sacerdote a quien el pueblo ve con frecuencia cerca del Huésped del Tabernáculo, tantas veces solitario! ¡Con qué eficacia será escuchada la palabra del hombre trabajador y mortificado, cuando predique el trabajo y la penitencia! Y si hace la apología

---

(14) Por vosotros el nombre de Dios es blasfemado entre las gentes. (Rom. II, 24).

(15) Qui enim sui loci necessitate exigitur summa dicere, hac eadem necessitate compellitur summa monstrare (San Greg. "Pastor", 2. p. c. III).

de la caridad fraterna, encontrará corazones que se ablandan, si él cuidó de infundir en su rebaño el buen olor de Cristo y cuida de que se reflejen en su conducta la dulzura y la humildad del divino Modelo. *Forma gregis ex animo* (16).

El profesor que no tiene vida interior creerá haber cumplido su deber, limitándose a la explicación del programa de su asignatura. Pero si es hombre interior, una frase escapada de sus labios o de su corazón, una emoción reflejada en su rostro, un gesto expresivo, menos aún, la forma de hacer la señal de la cruz o de rezar la oración del comienzo o del final de la clase, aunque se trate de una clase de matemáticas, pueden ser más eficaces para sus discípulos que un sermón.

La Hermana de la Caridad o la Religiosa de un asilo dispone de poder y medios eficaces para infiltrar en las almas el amor y las enseñanzas de Jesucristo, sin extralimitarse en sus atribuciones. Pero como les falte la vida interior, no llegarán ni a sospechar siquiera que tenían ese poder y se limitarán a fomentar los actos de piedad puramente exterior.

La propagación del Cristianismo se realizó no por medio de largas y frecuentes discusiones, sino por el ejemplo de las costumbres cristianas, tan opuestas al egoísmo, a la injusticia y a la corrupción paganas.

En su famosa obra "*Fabiola*", el Cardenal Wiseman pone de relieve el poder del ejemplo de los primeros cristianos en las almas de los paganos más

---

(16) Hecho dechado de la grey con toda sinceridad (I, Pet. V, 3).

prevenidos contra la religión cristiana. En dicha obra asistimos al avance progresivo e irresistible de un alma hacia la luz. Los nobles sentimientos y las virtudes modestas o heroicas que la hija de Fabio observa en personas de toda condición, impresionan a la joven. Pero qué cambio se opera en ella y qué revelación es para su alma el descubrimiento de que todas aquellas personas caritativas, abnegadas, modestas, dulces, mensuradas, que practican la justicia y la castidad, pertenecen a aquella secta que se le ha presentado siempre como la más execrable. Desde aquel momento es ya cristiana.

Al acabar la lectura del libro, piensa uno: ¡Ah si los católicos, o al menos los hombres de obras, conservasen algo de aquel esplendor de vida cristiana que describe el ilustre Cardenal, que no es otra cosa que la práctica del Evangelio! ¡Qué influencia más irresistible ejercería su apostolado sobre esos paganos modernos tan prevenidos a veces contra el Catolicismo, a causa de las calumnias de los sectarios o del carácter acerbo de las polémicas, o también del modo que tenemos de reivindicar nuestros derechos que hace pensar si nacerá de nuestro orgullo herido más que del afán de defender los intereses de Jesucristo!

¡Oh irradiación del alma unida a Dios, qué poderosa eres! Tú decidiste entrar en la Congregación del Santísimo Redentor, que tanto había de ilustrar al joven Desurmont, al ver cómo celebraba la misa el Padre Passerat.

El pueblo tiene intuiciones infalibles. Si predica un hombre de Dios, acude en tropel a oírle. Pero como la conducta de un hombre de obras no se ajus-

te a lo que se esperaba de él, por muy hábilmente que organice y dirija su obra, ésta queda irremisiblemente comprometida y acaso desaparecida al poco tiempo.

*Ut videant opera vestra bona et glorificent Patrem* (17), decía Nuestro Señor. San Pablo insiste en la recomendación del buen ejemplo, con sus discípulos Tito y Timoteo: *In omnibus teipsum praebe exemplum bonorum operum* (18); *Exemplum esto fidelium in verbo, in conversatione, in charitate, in fide, in castitate* (19). Y les dice: *Quae vidistis in me, haec agite* (20). *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi* (21). Y su palabra, toda verdad, se apoya en aquella seguridad y aquel celo humildísimos, por otra parte, que hicieron prorrumpir a Jesús en este apóstrofe: *Quis ex vobis arguet me de peccato?* (22).

Si el apóstol sigue el ejemplo de aquel de quien está escrito *Coepit facere et docere* (23), será *Operarium inconfusibilem* (24).

Sobre todo, hijos amantísimos, escribía León XIII, no os olvidéis de que la condición indispensable del

---

(17) Que vean vuestras buenas obras y den gloria al Padre. (Mat., V, 16).

(18) Muéstrate a ti mismo en todo por dechado de buenas obras. (Tit. II, 7)

(19) Sé ejemplo de los fieles en la palabra, en la conducta, en la caridad, en la fe, en la castidad. (Tim. IV, 12).

(20) Lo que me habéis visto hacer, practicadlo vosotros. (Fil., IV, 9).

(21) Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo. (I Cor. XI, 1).

(22) ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? (Juan, VIII, 46).

(23) Jesús comenzó a obrar y a enseñar. (Act. I, 1).

(24) Operario que no tiene de qué avergonzarse. (II Tim. II, 15).

verdadero celo, que garantiza sus resultados, es la pureza y santidad de vida (25).

Un hombre santo, perfecto y virtuoso, decía Santa Teresa, hace a las almas un bien mayor que un gran número de otros que son más instruídos y mejor dotados que él, pero nada más.

Como el espíritu no se somete a la regla de una conducta cristiana y santa, declara Pío X, será muy difícil que promueva el bien en los demás. Y añade: Todos cuantos son llamados a las obras católicas, han de ser hombres de vida ejemplar y sin tacha, para que sirvan de ejemplo a los demás (26).

### c) La vida interior produce en el apóstol una irradiación sobrenatural. Cuán eficaz es esta irradiación

Uno de los obstáculos más serios para la conversión de un alma es que Dios es un Dios oculto. *Deus absconditus* (27).

Pero, por un efecto de su bondad, Dios se descubre y refleja en alguna manera en sus Santos y en las mismas almas fervorosas. *De ese modo lo sobrenatural llega a los ojos de los fieles, quienes tienen así algún atisbo del misterio de Dios.*

¿En qué consiste esa difusión de lo sobrenatural? ¿Será acaso el brillo de la santidad y el esplendor del influjo divino que los teólogos llaman gracia

(25) Enc. de S. S. León XIII, 8 septiembre 1899.
(26) Enc. de S. S. Pío X, a los obispos de Italia, 11 de junio de 1905.
(27) Isaías, XLV, 15.

santificante; o tal vez el resultado de la presencia inefable de las divinas Personas en el alma santificada?

Así lo explicaba San Basilio. El Espíritu Santo, dice, se une a las almas purificadas por su gracia para espiritualizarlas. Como el sol convierte en otro sol el cristal en que se refleja, el Espíritu santificador torna luminosas las almas donde habita, las cuales, por efecto de su presencia, son focos ardientes que irradian la gracia y la caridad (28).

Esta *manifestación* de lo DIVINO, que revelaban todos los gestos y hasta el reposo del Hombre-Dios, se percibe en las almas dotadas de una intensa vida interior. Las conversiones maravillosas realizadas por ciertos santos con la fama de sus virtudes, y los discípulos que iban en seguimiento de sus virtudes, proclaman con claridad el secreto de su silencioso apostolado. Con San Antonio se pueblan los desiertos de Oriente. San Benito hace que surja una pléyade innumerable de santos religiosos que civilizan Europa. San Bernardo ejerce una influencia sin par en la Iglesia, en los reyes y en los pueblos. San Vicente Ferrer provoca a su paso el entusiasmo indescriptible de las muchedumbres, y las convierte. San Ignacio de Loyola levanta un ejército de bravos de los cuales uno solo, San Francisco Javier, basta para convertir un número increíble de paganos. Sólo el poder de Dios, a través de sus instrumentos, puede realizar estos prodigios.

Qué desgracia es que a la cabeza de las obras importantes no haya personas de verdadera vida in-

---

(28) "De Sp. Sancto", C. IX, 23.

terior; lo sobrenatural se encuentra entonces eclipsado y parece que está encadenada la Omnipotencia divina; y, como nos enseñan los Santos, los países descienden en el terreno de las costumbres, como si la Providencia dejase a los malos todo el poder para hacer daño.

Las almas, sepámoslo, tienen una percepción instintiva, que no pueden definir con claridad, de esta *irradiación sobrenatural*. Ved, si no, cómo se prosterna a los pies del sacerdote para implorar su perdón, el pecador que ve a Dios en su representante. Y, por el contrario, ¿no es cierto que desde el día en que la santidad integral dejó de ser el ideal de los ministros de cierta secta cristiana, se vio obligada irremisiblemente a suprimir la confesión?

*Joannes quidem signum fecit nullum* (29), San Juan Bautista arrastra las muchedumbres, sin hacer milagros. La voz de San Juan Bautista Vianney es excesivamente débil para llegar a las muchedumbres que se congregan para oírle. Pero aunque no le oían, les bastaba ver aquel santo para quedar subyugados y convertidos. Un abogado, a quien preguntaron al volver de Ars qué es lo que más le había impresionado contestó: "*He visto a Dios en un hombre.*"

Permítasenos resumir todo lo dicho en una comparación vulgar. De todos es conocida esta experiencia que se hace con una máquina de electricidad. Si una persona, colocada sobre un aislador, se pone en comunicación con la máquina eléctrica, su cuerpo se carga de flúido, y si alguien se le aproxima o le toca, recibe una sacudida del chispazo eléctrico que sale

---

(29) Juan no hizo ningún milagro.

del cuerpo electrizado. Una cosa parecida ocurre con el hombre de vida interior. Cuando se aisla de las criaturas, se establece entre él y Jesús una comunicación constante a manera de corriente continua. El apóstol se convierte en un *acumulador de vida sobrenatural* y condensa en su alma un flúido divino que se reparte, adaptándose a todas las circunstancias y necesidades del medio en que obra. *Virtus de illo exibat et sanabat omnes* (30). Sus palabras y acciones son los efluvios de esa fuerza latente, pero soberana, que derriba los obstáculos, logra las conversiones y aumenta el fervor.

Cuanto más intensas son las virtudes teologales de un corazón, con más eficacia esos efluvios producen las mismas virtudes en las almas.

POR LA VIDA INTERIOR EL APOSTOL IRRADIA LA FE.—Las personas que le oyen, ven que Dios está presente en él. A semejanza de San Bernardo, de quien se dijo: *Solitudinem cordis circunferens ubique solus erat*, el apóstol se aisla de los demás, creándose una soledad interior; pero se ve que no se encuentra solo, porque reside en su corazón un huésped misterioso e íntimo, con el cual está todos los instantes, y cuya dirección, consejos y mandatos observa al hablar. Se nota que está sostenido y guiado por él y que las palabras que salen de su boca son eco fiel de las de ese Verbo interior: *Quasi sermones Dei* (31).

Entonces no es la lógica ni la fuerza de los argumentos los que aparecen, sino el *Verbum docens* que

---

(30) De él emanaba una virtud que curaba a todos. (Lucas, VI, 19).
(31) I, Petr. IV, 2.

habla a su criatura: *Verba quae ego loquor vobis, a me non loquor. Pater autem, in me manens, ipse facit opera* (32). Su influencia es duradera y bastante más profunda que la admiración superficial o la devoción pasajera provocada por el hombre, que carece de espíritu interior. Este podrá arrancar de sus oyentes confesiones como ésta: Lo que dice ese hombre es verdad y es interesante; pero esto no pasa de ser un sentimiento impotente para llevar los hombres a la fe y hacerles vivir de ella.

El Hermano trapense Fr. Gabriel (33), en sus funciones de ayudante de la hospedería, reavivaba la fe de los visitantes bastante mejor de lo que hubiera podido hacerlo un sacerdote docto con este lenguaje que habla más que a la inteligencia al corazón. El general de Miribel iba con frecuencia a conversar con el humilde Hermano y solía decir: Vengo de templarme en la fe.

Nunca se ha predicado, ni discutido, ni editado tan sabios tratados de apologética como en nuestros días, y jamás ha estado tan lánguida la fe, al menos en la masa de los fieles. Con frecuencia los encargados de adoctrinar al pueblo, no ven en el acto de fe sino una función de la inteligencia, siendo así que la voluntad tiene su parte en él. Olvidan, sin duda, que la fe es un don de Dios, y que entre la aceptación de los motivos de la credibilidad y el acto definitivo

---

(32) Las palabras que os hablo, no las hablo de mí mismo. Mas el Padre que está en mí, El hace las obras. (Juan. XIV, 10).

(33) La Vida de este capitán de Dragones que en el año 1870, en la batalla de Gravelotte, hizo voto de ir a la Trapa y no quiso sino ser Hermano, ha sido narrada en el libro "Del campo de batalla a la Trapa" (Perin y Cía., ed.).

de fe, hay un abismo que solamente pueden llenar primero Dios y después la buena voluntad del que recibe la instrucción; pero ¡cuánto ayuda a llenarlo la luz divina reflejada en el que adoctrina y producida por su santidad!

EL APOSTOL IRRADIA LA ESPERANZA POR MEDIO DE LA VIDA INTERIOR. ¿Cómo no ha de irradiarla? Su fe le ha dado para siempre la convicción de que la felicidad no se encuentra sino en Dios. Bajo esta base, ¡con qué persuasión habla del cielo; de qué recursos dispone para repartir consuelos! El medio por excelencia de hacerse escuchar de los hombres, es enseñarles a llevar alegremente la cruz, que es el lote de todo mortal. Ese secreto se encuentra en la Eucaristía y en el pensamiento del cielo que nos espera.

Qué viva es la palabra de aquel que puede aplicarse, sin mentir, el *Nostra conversatio in coelis est* (34). Otros, con más frases y retóricas, hablarán de las alegrías de la patria celestial, pero sus discursos no producirán fruto alguno. En cambio, una palabra del primero, convincente por ser reveladora de su estado de alma, calmará las angustias, adormecerá las preocupaciones y hará aceptar con resignación un dolor lancinante; y es que la virtud de la esperanza se comunica irresistiblemente del apóstol de vida interior a las almas que jamás la habían sentido y que estaban a punto de caer en la desesperación.

IRRADIA TAMBIEN LA CARIDAD.—El alma, empeñada en su santificación, ansía sobre todo tener ca-

(34) Nuestra conversación está en los cielos. (Fil. III, 20)

ridad. La compenetración de Jesús y el alma, el *manet in Me et Ego in eo,* es la aspiración suprema del hombre interior.

Los predicadores experimentados están acordes en reconocer que si los sermones de la muerte, el juicio y el infierno son necesarios en unos ejercicios o en una misión, la instrucción sobre el amor de Dios produce de ordinario una impresión más saludable. Cuando la da un verdadero misionero, capaz de hacer vibrar al auditorio en sus propios sentimientos, asegura el éxito convirtiendo a muchos. Para sacar a un alma del pecado, o hacerla subir del fervor a la perfección, el amor de Jesús es la palanca insustituíble. El cristiano que estaba hundido en el fango, si es capaz de *adivinar en otro hombre un amor ardiente encendido en las realidades invisibles* y ha palpado los desengaños y el vacío de los amores terrenales, comienza a sentir el disgusto del pecado; algo ha comprendido del amor de Dios y del inmenso de Jesús a sus criaturas: ha sentido también como un estremecimiento de la gracia latente del bautismo y de la primera comunión; Jesús se le ha presentado viviente, porque las ternuras de su corazón se transparentaban en la cara y en la voz de su ministro; ha entrevisto otro amor noble, puro, ardiente, y se ha dicho: Aquí, en este mundo, se puede amar también con un amor superior al de las criaturas.

No faltarán otras manifestaciones más íntimas del Dios que es amor, en su ministro, para que aquella alma salga del fango en que se encontraba, sin que le espanten los sacrificios necesarios para adquirir el divino amor, hasta entonces desconocido para él.

De cuanto acabamos de decir se deduce que el apóstol verdadero puede provocar un aumento en el amor y un adelanto espiritual en las almas que dejaron el pecado y en las fervorosas. También los fieles dedicados a las obras, aunque no sean sacerdotes, pueden, si están revestidos de una ardiente caridad, hacer que nazca en torno suyo la más excelente de las virtudes teologales.

IRRADIA TAMBIEN LA BONDAD.—El celo que no está revestido de la caridad es, en expresión de San Francisco de Sales, una caridad falsa. Cuando un alma saborea en la oración la suavidad de Aquél a quien la Iglesia llama *Bonitatis oceanus* (35), llega a transformarse. Si era egoísta o dura por temperamento, estos defectos desaparecen poco a poco. Al alimentarse de Aquél en quien la benignidad de Dios apareció en este mundo: *Benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei* (36), del que es la imagen y la expresión adecuada de la Bondad divina: *Imago Bonitatis illius* (37), el apóstol participa de la bondad de Dios y siente la necesidad de ser "*diffusivus*", como El.

Cuanto más unido está un corazón con el de Jesús, más participa de la principal cualidad del Corazón Divino y Humano del Redentor, que es la Bondad. Todo se decuplica en él, la indulgencia, la benevolencia, la compasión, etc., y su generosidad y abnegación llegarán, si es preciso, hasta la inmolación alegre y magnánima.

---

(35) Océano de bondad.

(36) Apareció la bondad del Salvador nuestro Dios y su amor para con los hombres. (Tit. III, 4).

(37) Ibid. VII, 26.

Transfigurado por el divino amor, el apóstol se captará la simpatía de las almas: *In bonitate et alacritate animae suae placuit* (38). Sus palabras y actos estarán impregnados de una bondad desinteresada, muy distinta de la que inspiran el afán de popularidad o el egoísmo sutil.

"Dios ha dispuesto —escribía Lacordaire— que ningún bien se le haga al hombre si no es amándole, y que la insensibilidad sea siempre estéril para iluminarlo y para hacerlo virtuoso." Y, en efecto, si alguien quiere imponerse a la fuerza, provoca la resistencia para rechazarlo; si pretende exigir el convencimiento científico, se encontrará con objeciones para sus teorías; pero cuando se topa con la bondad, como no exige humillaciones el ser desarmado por ella, siempre acaba por cederse al encanto de sus procedimientos.

La Hermanita de los Pobres, la Religiosa Asuncionista o la Hija de la Caridad, podrían citar un sinnúmero de conversiones, alcanzadas sin ninguna discusión, en virtud de su bondad infatigable y a veces heroica.

Ante esas muestras de abnegación, el pecador o el impío se ven forzados a decir: Dios está ahí. Lo veo tal como El se ha definido. El "buen Dios". Y es preciso que sea bueno para que la íntima comunicación con él haga a un ser tan delicado, capaz de pisotear su amor propio y de poner silencio en sus más legítimas repugnancias.

Esos ángeles terrestres realizan esta definición del Padre Fáber: *La bondad es el desbordamiento de sí*

(38) Agradó con su bondad y ánimo resuelto (Eccl. XLV 29).

*mismo en los demás. Ser bueno es poner al prójimo en nuestro lugar. La bondad ha convertido más pecadores que el celo, la elocuencia y la instrucción, y estas tres cualidades a nadie han convertido sin la intervención de la bondad. En una palabra, la bondad nos hace a todos como dioses para los demás. La exteriorización de este sentimiento en los hombres apostólicos atrae a los pecadores y facilita su conversión.*

Y agrega: La bondad es siempre la que mejor prepara los caminos de la Preciosa Sangre... *Sin duda, los terrores del Señor son frecuentemente el principio de esa sabiduría llamada conversión; pero es preciso espantar a los hombres bondadosamente, porque de otro modo, el temor no hará sino infieles...* (39).

Tened el corazón de madres, dice San Vicente Ferrer. Ya os propongáis alentar o causar espanto, mostrad siempre las entrañas de una tierna caridad, y que sienta el pecador que él es quien inspira vuestro lenguaje. Si queréis ser útiles a las almas, comenzad por pedir a Dios de corazón que derrame sobre vosotros la caridad, que es el compendio de todas las virtudes, a fin de que con ella alcancéis el fin que os habéis propuesto (40).

Entre la bondad natural, que es fruto del temperamento, y la bondad sobrenatural de un alma de apóstol, hay la misma distancia que entre lo humano y lo divino. Con la primera, el obrero evangélico puede conquistar el respeto y aun la simpatía, y hasta enderezar un afecto para dirigirlo a Dios. Pero jamás logrará que las almas hagan por Dios los sa-

(39) Confer. espir.
(40) Tratado de la vida espiritual, 2.ª p. c. X.

crificios necesarios para volver a su Criador. Sola la bondad, que nace de la intimidad con Jesús, puede hacer esto.

El amor creciente que profesa a Jesús y la verdadera dirección de las almas, dan al apóstol toda clase de audacias, compatibles con el tacto y la prudencia.

Un católico eminente nos ha referido este episodio: "En una audiencia que tuvo con el Papa Pío X, deslizó algunas frases mordaces contra un enemigo de la Iglesia. Hijo mío, le dijo el Papa, no puedo aprobar vuestro lenguaje. En castigo, escuchad esta historia: Un sacerdote que yo he conocido muy bien, acababa de llegar a su primera parroquia. Creyó ser su deber visitar a todas las familas, sin excluir a los judíos, protestantes, francmasones, etc., y anunció desde el púlpito que repetiría las visitas todos los años. Esto causó gran revuelo entre sus compañeros, que lo denunciaron al obispo. El obispo llama inmediatamente al acusado y le da una buena reprimenda. "Señor obispo, le responde el cura con toda modestia; Jesús en el Evangelio, manda al pastor que lleve al redil a todas las ovejas, *oportet illas adducere*. ¿Cómo puede lograrse esto, sin ir en su busca? Por otra parte, yo soy intransigente con los principios, y me limito a manifestar mi interés y mi caridad por todas las almas que Dios me ha confiado, sin excluir a las extraviadas. He anunciado estas visitas desde el púlpito; si vuestro deseo formal es que me abstenga de hacerlas, le ruego que me dé por escrito la prohibición, para que se sepa que yo no hago otra cosa que obedecer las órdenes que se me dan." Impresionado por lo tajante de estas palabras, el Obispo no insistió más. Por lo demás, el tiempo dio la razón

a aquel sacerdote, que tuvo la alegría de convertir a algunos de aquellos extraviados y obligó a los demás a respetar nuestra sacrosanta Religión. Aquel humilde cura ha llegado a ser, por voluntad de Dios, el Papa que os da, hijo mío, esta lección de caridad. Sed inexorable con los principios, pero extended vuestra caridad a todos los hombres, aunque sean los peores enemigos de la Iglesia."

IRRADIA LA HUMILDAD.—Fácilmente se comprende que Jesús hubiera arrastrado a las muchedumbres con su dulzura y su bondad. ¿La humildad tendrá la misma eficacia? Sin duda.

*Sine me nihil potestis facere* (41). Elevado por el Creador a la dignidad de cooperador suyo, el apóstol va a convertirse en un agente de las operaciones sobrenaturales, pero a condición de que *sólo aparezca Jesús.* Cuanto más se esfume y cuide de no figurar, tanto más se manifestará Jesús. Sin esa impersonalidad que es fruto de la vida interior, el apóstol plantará y regará en vano, porque nada germinará. La verdadera humildad tiene encantos especiales, cuyo manantial es Jesús. La humildad respira lo *Divino.* Al empeño que el hombre de obras pone en eclipsarse, para que solamente sea Jesús el que obre, *Illum oportet crescere, me autem minui* (42), corresponde el don que Nuestro Señor concede a su ministro, de ganar cada vez más los corazones.

Así viene a ser la humildad uno de los medios más eficaces de actuar en las almas.

---

(41) Sin mí nada podéis hacer. (Juan, XV, 5).

(42) Es necesario que crezca él y disminuya yo. (Juan, III, 30).

*Creedme,* decía San Vicente de Paúl a sus sacerdotes: *no haremos la obra de Dios mientras no nos persuadamos de que de nuestra cosecha lo estropeamos todo en vez de arreglarlo.*

Tal vez extrañe nuestra insistencia en los mismos conceptos, pero es que estamos persuadidos de que sólo se graban en el espíritu de quien los lee, a fuerza de repetirlos y llamar la atención sobre su importancia. La arrogancia y los aires de suficiencia esterilizan las obras.

El cristiano "moderno" es muy celoso de su independencia. Se conforma con obedecer, cuando *se trata únicamente de Dios,* y no aceptará las órdenes y direcciones de su ministro, ni los mismos consejos, como no vea en ellos el sello de Dios.

Para esto es necesario que el apóstol sepa esfumarse y desaparecer con la práctica de la humildad, fruto de la vida interior, no siendo, a los ojos de los que le miran, sino la *Transparencia de Dios,* y realizando la palabra del Maestro: *Qui major est vestrum, erit minister vester. Vos autem nolite vocari Rabbi... nec vocemini Magistri* (43).

Sólo el aspecto del hombre interior es una enseñanza de la *Ciencia de la vida,* es decir, *de la ciencia de la creación* (44). ¿Por qué? Porque con la humildad respira la dependencia de Dios. Y esta dependencia suya se manifiesta en el hábito que tiene de recurrir a Dios en todas las ocasiones, ya para tomar una decisión, o para recibir algún consuelo en

---

(43) El que sea mayor entre vosotros, será vuestro siervo.... Mas vosotros no queráis ser llamados Rabí... ni os llaméis Maestros. (Mat. XXIII, 8 y 11).

(44) San Agustín.

sus dificultades, o también, y sobre todo, para adquirir la energía con que triunfar de todas ellas.

En el común de Confesores, los sacerdotes leen estas palabras de San Beda, que son un admirable comentario de la frase *Pusillus grex.* "El Salvador, dice, llama pequeño al rebaño de sus elegidos, porque comparado con el número de los que se condenan, es pequeño, y también porque *ama con pasión la humildad,* ya que por muy numerosa y extendida que se encuentre su Iglesia, quiere que siga *creciendo* siempre EN HUMILDAD hasta el fin del mundo, llegando así al REINO PROMETIDO. A LA HUMILDAD" (45).

Este texto está inspirado en las grandes lecciones que Nuestro Señor dio a los apóstoles, cuando queriendo éstos utilizar el apostolado para su provecho, descubrió sus ambiciones y envidias y les dijo: *Sabéis que los príncipes de las gentes avasallan a sus pueblos, y que los que son mayores ejercen potestad sobre ellos. No será así entre vosotros; mas entre vosotros todo el que quiera ser mayor, sea vuestro criado; y el que entre vosotros quiera ser primero, sea vuestro siervo* (Mat., XX, 25, 26 y 27).

Pero, pregunta Bourdaloue: ¿con eso no se debilita la autoridad? *Tendréis la autoridad necesaria, si sois lo humildes que debéis ser; porque si la* HUMILDAD DESAPARECE, *la autoridad se torna* ONEROSA E INSOPORTABLE.

Si el apóstol carece de la verdadera humildad, titubea entre la blandura excesiva y el despotismo, con tendencia a éste.

---

(45) Hom. del V. Beda, lib., LIV, sob. Luc. XII.

Dejemos a un lado la cuestión de doctrina, porque suponemos que el apóstol está lo suficientemente ilustrado para no caer ni en una tolerancia excesiva ni en una aspereza que Dios no puede aprobar. Sus principios son sanos y su ciencia, exacta. Esto supuesto, afirmamos que sin humildad, el apóstol no podrá guardar el justo medio entre esos dos extremos y que la cobardía, y con más frecuencia el orgullo, se manifestarán en su conducta.

O bien, cediendo a una falsa humildad, será un pusilánime, haciendo que su espíritu de caridad degenere en debilidad, convirtiéndose en el hombre de las concesiones exageradas, de la conciliación a cualquier precio, con lo que su firmeza en los principios desaparecerá bajo mil pretextos o por razones de prudencia, o por cálculos de corto alcance; o bien el naturalismo y la mala dirección de su voluntad harán que despierte el orgullo, la susceptibilidad, en una palabra, el YO, de lo cual se seguirán los odios personales, el "autoritarismo", "los rencores, el despecho, las rivalidades, las antipatías, las parcialidades, los apasionamientos las represalias, la ambición, las celotipias, el afán excesivamente humano de ocupar los primeros puestos, las calumnias, las maledicencias, las palabras acerbas, el espíritu de clase o de cuerpo, la aspereza en la defensa de los principios, etc., etc.

Y así, la gloria de Dios, que debiera de ser el *Fin* verdadero de las aspiraciones del apóstol que ennoblece sus pasiones, se convierte en *Medio* o *Pretexto* para fomentar, desarrollar y hacer excusar estas pasiones en lo que tienen de demasiado humano. Los menores ataques de que sea objeto la gloria de Dios o la Iglesia provocarán en el apóstol una reacción

de cólera, en la cual un psicólogo podría apreciar un afán de defender la personalidad del obrero apostólico o los privilegios de que goza por su Iglesia considerada como *Sociedad puramente humana,* y no un celo sobrenatural por la causa de Dios, única razón de ser de la Iglesia, como *Sociedad perfecta fundada por Nuestro Señor.*

Ni la seguridad de la doctrina y lo equilibrado del juicio del apóstol bastan para preservarle de estos peligros, porque si carece de vida interior, y por tanto de humildad, será dominado por sus pasiones. La humildad es la única que puede mantenerle en la rectitud del juicio y evitar que obre por impresión, poniendo en su vida más equilibrio y estabilidad. Al unirle con Dios, le hace participar en cierto sentido de la inmutabilidad divina, como ocurre con la yedra, que aunque frágil e inconsistente, al adherirse al roble con todas sus fibras, adquiere una robustez y firmeza inquebrantables tomadas de las de ese rey de los bosques.

Estemos, pues, persuadidos de que sin humildad, si damos un traspiés a la primera ocasión, caeremos en la segunda o iremos flotando, según las circunstancias, de un lado para otro, realizando de esta manera lo que dice Santo Tomás, o sea que el hombre es un ser voluble, constante sólo en su inconstancia.

El resultado lógico de un apostolado con los defectos que acabamos de apuntar, es éste: O el desprecio de una autoridad pusilánime por parte de los fieles, o la desconfianza, y a menudo el odio, contra una autoridad que no es trasunto de Dios.

IRRADIA LA FIRMEZA Y LA DULZURA.—Los santos han sido a menudo muy severos con el error y la hipocresía. Creemos que San Bernardo, oráculo de su siglo, puede ser citado como uno de los Santos de celo más firme y enérgico. Pero el que lea su vida, verá hasta qué extremo la vida interior había hecho impersonal a este hombre de Dios. Nunca despliega la firmeza de su carácter, sino cuando ha llegado a una persuasión completa de la ineficacia de otros medios. Así, llevado de su gran amor a las almas, y de una inexcrabilidad en la defensa de los principios, se le ve pasar de la indignación más santa, que exige remedios, reparaciones, prendas y promesas a una dulzura maternal, para convertir a los que antes combatió implacablemente. Sin compasión para los errores de Abelardo, se convierte en amigo de aquel que ha reducido al silencio.

Cuando no se trata de defender los principios, sino de la oportunidad del empleo de algunos medios, se erige en campeón para impedir que personas eclesiásticas acudan a procedimientos violentos. Se entera de que se pretende llevar a la ruina y acabar con los judíos de Alemania, e inmediatamente deja el claustro y corre en su defensa, predicando la cruzada de la paz. Por eso, en un documento memorable que el Padre Ratisbona cita en la *Vida de San Bernardo*, el gran Rabino del país expresa su admiración por el Monje de Clairvaux, "sin el cual, dice, ni uno de nosotros hubiera quedado vivo en Alemania". Y conjura a las futuras generaciones israelitas a que no se olviden de la deuda de gratitud que han contraído con el Santo Abad. "Nosotros en esta ocasión somos, decía San Bernardo, los soldados de la paz; el ejér-

cito de los Pacíficos. *Deo et paci militantibus*. La persuasión, el ejemplo y la abnegación son las armas dignas de los hijos del Evangelio."

Nada puede reemplazar a la vida interior para obtener este espíritu impersonal que caracteriza al celo de los Santos.

En Chablais, antes de la llegada de San Francisco de Sales, fracasan todas las tentativas. Los jefes del protestantismo se disponen a emprender una lucha encarnizada. La secta quiere nada menos que matar al Obispo de Ginebra. Este se presenta ante ellos lleno de dulzura y humildad, como un hombre en quien la supresión del YO hace que refleje el amor de Dios y del prójimo. La Historia nos enseña los resultados tan rápidos como inverosímiles de aquel apostolado. Pero también San Francisco de Sales, con ser tan dulce, supo a veces mostrar una firmeza inexorable, y no dudó en invocar la fuerza de las leyes humanas para confirmar los resultados obtenidos por la suavidad de su palabra y el ejemplo de sus virtudes. Así, aconsejó al Duque de Saboya que tomase severas medidas contra la perfidia de los herejes.

Los santos no hacían sino copiar al Maestro. En el Evangelio, el Salvador se nos presenta acogiendo con gran misericordia a los pecadores; siendo amigo de Zaqueo y de los publicanos; lleno de bondad con los enfermos, los afligidos y los pequeñuelos. Y sin embargo, a pesar de ser la Dulzura y la Mansedumbre encarnadas, no duda empuñar el látigo para arrojar a los traficantes del templo. Qué severidad y fuerza pone en su expresión cuando habla de Herodes o

estigmatiza los vicios de los escribas y de los fariseos hipócritas.

Unicamente en casos excepcionales, y después de haber echado mano de otros medios, o cuando se sabe que son enteramente inútiles, puede recurrirse, lamentándolo, y sólo para evitar el contagio del mal, es decir, a impulsos de la caridad, a otros medios que pudieran parecer violentos.

Fuera de estos casos, y cuando no se trata de defender los principios, la mansedumbre debe dominar en la conducta del obrero evangélico. Decía San Francisco de Sales que se cazan más moscas con una gota de miel que con un cántaro de vinagre.

Recordemos la censura que dirigió el Señor a los apóstoles, cuando ofendidos y humillados en su dignidad, llevados de un celo que no era puro ni desinteresado, quisieron recurrir a la violencia, pidiendo al Señor que arrojara fuego del cielo contra los habitantes de Samaria, que no habían querido recibirlos. El Salvador les contestó: *No sabéis de qué espíritu sois* (Luc. IX, 55).

Uno de nuestros Obispos, cuya firmeza en defender los principios se ha citado como ejemplo, visitaba recientemente en la capital de su diócesis las familias que estaban de luto a causa de la guerra. Haciéndose todo para todos, fue a llevar sus consuelos a un calvinista que lloraba a un hijo muerto en el campo de batalla, y le dirigió algunas frases cordiales, llenas de emoción. Impresionado por este acto de caridad y humildad, el protestante dijo inmediatamente. "¿Es posible que un Obispo tan noble por su sangre y tan distinguido por su cultura, se haya dignado, a pesar de la diferencia de nuestras reli-

giones, a franquear el umbral de mi modesta casa? El paso que ha dado y sus palabras me han llegado al corazón." El industrial que tiene entre sus empleados a ese padre, agregaba al contarnos el hecho: "En mi opinión, ese protestante está ya medio convertido y, en todo caso, el señor Obispo ha conseguido con su dulzura, en la conversión de ese hombre, lo que no hubiera logrado con las más vivas e interminables discusiones." Ese Pastor de almas manifestó la mansedumbre de Nuestro Señor, y el protestante vio, por decirlo así al Salvador que se le presentaba, y se dijo: Una Iglesia que cuenta con Prelados que tan fielmente reflejan a Aquel que yo admiro en el Evangelio, debe ser la verdadera Iglesia.

La vida interior mantiene al mismo tiempo el espíritu y la voluntad al servicio del Evangelio. Ni la indolencia ni la violencia injustificada deben desviar la dirección del alma que ve y obra en conformidad con el Corazón de Jesús. Su pureza y ardor nacen del impulso de ese Corazón adorable. Ahí está el secreto de sus triunfos.

Por el contrario, la falta de vida interior y, como consecuencia, la exteriorización de las pasiones humanas, explican tantas caídas.

IRRADIA LA MORTIFICACION.—El espíritu de mortificación es otro de los principios que fecundizan las obras. Todo se resume en la Cruz. *Mientras no se haga penetrar en las almas el misterio de la Cruz, nos quedaremos en la superficie de las mismas.* Pero ¿quién es capaz de hacerlas abrazarse a un misterio que se opone a este horror al sufrimiento tan natural en el ser humano? Solamente aquel que pueda repetir las palabras del Apóstol: *Christo confixus sum*

*cruci* (46). O aquellos que llevan consigo a Jesús mortificado: *Semper mortificationen Jesú in corpore nostro circunferentes ut vita Jesu manifestetur in corporibus nostris* (47).

Mortificarse es reproducir el *Christus sibi non placuit* (48), es renunciarse en toda clase de circunstancias, llegar a amar lo que nos desagrada y encaminarnos al ideal de ser una víctima inmolada constantemente.

Pero sin vida interior es imposible llegar a ese aplastamiento de nuestros más tenaces instintos.

Y en tanto que el pobrecillo de Asís, mientras atraviesa en silencio las calles, va predicando con sólo su aspecto el misterio de la Cruz, el apóstol inmortificado trabajará en vano al reproducir con sus palabras las páginas elocuentes de Bossuet sobre el Calvario. El mundo está tan atrincherado en su espíritu de gozar, que para derribar su ciudadela no bastan los argumentos comunes, ni siquiera los poderosos. Es preciso sensibilizar la Pasión por medio de la mortificación y el desprendimiento del ministro de Dios.

*Inimicos crucis Christi,* enemigos de la Cruz de Cristo, volvería a llamar San Pablo a tantos cristianos que no ven en la Religión sino una forma de "snobismo", un conjunto de prácticas exteriores recibidas por tradición, que hay que cumplir periódicamente con respeto, pero sin que exijan la enmienda de la vida, ni la lucha contra las pasiones y la

---

(46) Estoy enclavado en la cruz, juntamente con Cristo. (Gal. II, 19).

(47) Trayendo siempre la mortificación de Jesús en vuestro cuerpo, para que la vida de Jesús se manifieste también en vuestros cuerpos. (I Cor. IV, 10).

(48) Cristo no se hizo placer a sí mismo (Rom. XV, 3).

introducción en las costumbres del espíritu del Evangelio. Este pueblo parece que me honra, podría decir el Señor; *sí, me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí* (49).

*Inimicos crucis Christi,* enemigos de la Cruz son esos cristianos blandengues, que se rodean de toda clase de comodidades, y se pliegan a todas las exigencias de la moda, y se entregan a los placeres desordenados, y escuchan con extrañeza, porque no la comprenden la palabra que Jesucristo dijo para todos: *Si no hacéis penitencia, pereceréis todos de la misma manera* (50). La cruz, según la palabra de San Pablo, se les convierte en un *escándalo* (51).

Y, sin embargo, el apóstol que no tenga vida interior ¿podrá producir nuevos cristianos?

La asistencia nutrida a determinados actos del culto podrá satisfacer al verdadero sacerdote, pero le dejará frío si ve que es debida a la rutina, o al afán de seguir las tradiciones de las familias y la observación de las costumbres antiguas, con tal que no interrumpan el curso de la vida; o el deseo de oir buena música, o disfrutar con una fiesta magnífica o escuchar una buena pieza oratoria en la que sólo se busca la elocuencia.

Pero se dirá: por lo menos las comuniones frecuentes entusiasmarán al sacerdote. Un recuerdo de mi viaje a los Estados Unidos me viene a la memoria.

Visitando varias parroquias, me encantaba ver el número de hombres que asistían a la comunión de los primeros viernes de mes. "*Homo videt in facie.*

(49) Mat. XV, 8.
(50) Luc. XII, 3, 5.
(51) I Cor. I, 23.

*Deus autem in corde"* (52), me dijo un santo sacerdote de Nueva York. No olvide usted que se encuentra en un país donde el respeto humano es desconocido y el "Bluff" aparece en todas partes. Reserve usted su admiración para aquellas parroquias en que pueda obsèrvar que las comuniones frecuentes manifiestan si no la enmienda completa de la vida, al menos un esfuerzo sincero de observar la vida cristiana y un deseo leal de no vivir en la intemperancia ni de ir desenfrenadamente en busca del dinero, etc."

Lejos de nosotros, no dar aprecio a los más pequeños vestigios de vida cristiana donde quiera que se encuentren. Por el contrario, lo que con estas consideraciones nos proponemos es deplorar la lamentable incapacidad a que nos expone la falta de vida interior, de obtener únicamente resultados muy pequeños, aunque, desde luego, sabemos apreciarlos también.

Nuestro Señor no quiere sino nuestro corazón. Si vino a este mundo a revelarnos las sublimes verdades de la fe, fue para conquistarlo; para hacerse dueño de nuestra voluntad y animarnos a seguir sus pisadas en el camino del renunciamiento.

El apóstol habituado a la vida interior que se funda en el *Abneget semetipsum* (53), se encontrará en condiciones de provocar este renunciamiento, base de toda perfección; pero será incapaz de lograrlo aquel que siga de lejos a Jesucristo cuando va cargado con la cruz. *Nemo dat quod non habet* (54). Si él es un co-

(52) Brev. El hombre ve en el rostro, pero Dios, en el corazón.
(53) Renúnciese. (Mateo, XVI, 24).
(54) Nadie da lo que no tiene.

barde y deja de imitar a Jesús crucificado ¿cómo predicará a su pueblo esa guerra santa contra las pasiones, siguiendo la invitación de Jesús?

Sólo un apóstol desinteresado, humilde y casto es capaz de arrastrar las almas a la lucha contra el aluvión, siempre creciente, de la codicia, de la ambición y de la impureza. Solamente quien tenga la ciencia del crucifijo será lo bastante fuerte para oponer un dique a este afán desmesurado de comodidades, y a este culto del placer que amenaza sumergirlo todo y destruir las familias y las naciones. San Pablo cifra y resume su apostolado en enseñar a Cristo crucificado, y porque vive de Jesús, pero de Jesús crucificado, está en condiciones de hacer que las almas gusten el misterio de la cruz y de enseñarles a vivir de él. Hoy existen muchos apóstoles que no tienen la necesaria vida interior para profundizar este misterio que vivifica, y penetrarse de él a fin de irradiarlo. Son exclusivistas al apreciar la religión, considerándola más bien desde el punto de vista filosófico social o estético propios para interesar la inteligencia o excitar la sensibilidad y la imaginación y fomentar la tendencia a no ver en ella sino una escuela de poesía sublime y de arte incomparable. Sin duda, la Religión está adornada de estas cualidades; pero limitarse exclusivamente a estos aspectos secundarios sería deformar la Economía del Evangelio, porque se consideraba como un fin lo que no es sino un medio. Es un sacrilegio hacer un Cristo de "muguet" del Cristo de Getsemaní, del Pretorio y del Calvario.

Después del pecado, la penitencia, la reparación, y el combate espiritual son las condiciones indispensables para Vivir. La Cruz de Cristo lo recuerda siem-

pre. Al celo del Verbo encarnado por la gloria de su Padre no le bastan admiradores. Necesita imitadores.

En su Encíclica de 1 de noviembre de 1914, el Papa Benedicto XV invita a los verdaderos apóstoles a trabajar más a fondo para desprender a las almas del bienestar, del egoísmo, de la ligereza de costumbres y del olvido de los bienes eternos. Esta invitación es un llamamiento a la vida interior, hecho a los ministros del divino Crucificado.

Dios, que tan generoso es con nosotros, exige al cristiano que desde la edad de la razón una a la Pasión sangrienta de su Hijo, algo de sí mismo, lo que podríamos llamar la sangre de su alma, es decir, los sacrificios, necesarios para observar la divina ley. ¿Quién podrá alentar al cristiano a hacer sacrificios de los bienes, placeres y honores, si no es el ejemplo del conductor de las almas que se haya familiarizado con el espíritu de sacrificio?

Al ver la serie de victorias del enemigo infernal es para preguntarse con ansiedad: ¿Cómo podrá salvarse la sociedad? ¿Cuándo comenzarán los triunfos de la Iglesia? Podemos contestar con el Maestro: *Hoc autem genus non ejicitur nisi per orationem et jejunium* (55). Cuando de las filas de la milicia sacerdotal y religiosa salga una pléyade de hombres mortificados, que *sean como la fulguración del misterio de la cruz a través de los pueblos,* esos pueblos, al ver en la mortificación del sacerdote o del religioso una reparación por los pecados del mundo, comprenderán la Redención operada por la sangre de Jesucristo.

---

(55) Mateo, XVII, 20.

Entonces es cuando será aplastado el ejército de Satanás, y dejarán de tener eco en el mundo las quejas de Jesús a través de los siglos, al no encontrar almas reparadoras en medio de sus ultrajes. *Et quaesivi de eis virum qui interponeret spem, et staret oppositus contra me pro terra ne dissiparem eam, et non inveni* (56).

Alguien quiso analizar el efecto mágico que la sola señal de la cruz, hecha por el P. Ravignán producía en los indiferentes y hasta en los impíos que acudían a oirle, llevados de la curiosidad. Se llegó entre muchos de sus oyentes a la conclusión de que la *austeridad de la vida íntima del predicador* se manifestaba de un modo que conmovía, en aquella señal de la Cruz, con la que se unía al misterio del Calvario.

### *d*) La vida interior da al obrero evangélico la verdadera elocuencia

Nos referimos a la elocuencia que atrae las gracias necesarias para convertir a las almas y hacerles abrazar la virtud. Incidentalmente hemos tratado antes de este asunto. Agreguemos algunas consideraciones.

En el Oficio de San Juan leemos este responsorio: *Supra pectus Domini recumbens Evangelii fluenta de ipso sacro Dominici pectoris* FONTE POTAVIT *et verbi Dei gratiam in toto terrarum* ORBE DIFFUDIT. ¡Qué profunda lección encierran estas palabras para los predicadores, escritores, catequistas y cuantos es-

(56) Ezeq., XXII, 30.

tán encargados de propagar la divina palabra! ¿No descubre en ellas la Iglesia, la Fuente de la verdadera elocuencia, para sus sacerdotes?

A pesar de que todos los evangelistas están igualmente inspirados y tienen una misión providencial, el tono de la elocuencia es distinto en cada uno de ellos. La de San Juan, a diferencia de los otros evangelistas, se dirige a la voluntad, por el corazón, en el cual deja *verbi Dei gratiam*. Su Evangelio y las Epístolas de San Pablo, son los libros preferidos de las almas para quienes la vida de este mundo carece de sentido si no está unida con Jesucristo.

¿Cuál es el secreto de esa elocuencia cautivadora de San Juan? ¿Ese río caudaloso, cuyas aguas fertilizantes riegan el mundo entero: *Fluenta in toto terrarum orbe diffudit*, en qué montaña encontró su manantial?

El texto litúrgico lo compara con los ríos del Paraíso, al decir: *Quasi unus ex Paradisi fluminibus Evangelista Joannes*.

¿Para qué sirven tan altas montañas y tantos glaciares? ¿Estas superficies inmensas, podrá decir el ignorante, no serán más útiles en el llano? No comprende que sin esas altas cimas el llano y los valles serían estériles como el Sahara, porque los ríos que fertilizan las tierras bajan de las altas montañas que son sus depósitos.

Esa alta cima del Paraíso, de donde mana la fuente que alimenta el Evangelio de San Juan, ¿qué es sino el Sagrado Corazón de Jesús? *Evangelii fluenta de ipso sacro Dominici pectoris fonte potavit*. Al percibir el Evangelista por medio de la Vida interior los latidos del Corazón del Hombre-Dios, y la inmensidad

de su amor para con los hombres, su palabra vino a ser la transmisora de la gracia del Verbo divino: *Verbi Dei gratiam diffudit.*

Por esta misma razón, puede decirse de los hombres de vida interior, que son en alguna manera los ríos del Paraíso. Porque atraen sobre la tierra las aguas vivas de la gracia, que bajan del cielo y desvían o aminoran los castigos que merece el mundo, no sólo con sus oraciones e inmolaciones, sino también y sobre todo, porque en lo más alto de los cielos, sacan del Corazón de Aquél en quien reside la Vida íntima de Dios el caudal de esa vida y lo difunden con toda abundancia en las almas: *Haurietis aquas de fontibus Salvatoris.* Llamados a predicar la divina palabra, lo hacen con una elocuencia cuyo secreto conocen ellos solos. Hablan del cielo, a la tierra. Iluminan, encienden, consuelan y fortifican. Cuando una de estas condiciones falta, la elocuencia es incompleta. Y únicamente podrá reunirlas el predicador que viva de Jesús.

¿Soy yo de aquellos que esperan, sobre todo de la oración, la visita al Santísimo, la misa o la comunión la verdadera eficacia de su elocuencia? De no ocurrir esto, podré ser un sonoro *cimbalum tinniens* o tener el timbre solemne del bronce, *velut aes sonans,* pero no seré el canal de aquel amor que hace irresistible la elocuencia de los amigos de Dios.

Un predicador de mucha ciencia, pero de una piedad mediocre, podrá exponer las verdades cristianas de tal forma que remueva las almas y las acerque a Dios, aumentando su fe. Pero para impregnarlas del sabor vivificante de la virtud, hace falta haber

saboreado antes el espíritu del Evangelio, haciendo de él, por medio de la oración, la sustancia de la propia vida (57).

No nos olvidemos de que el Espíritu divino es el único principio de toda fecundidad espiritual y el que opera las conversiones y reparte las gracias que nos capacitan para evitar el pecado y practicar la virtud. La palabra del obrero evangélico, si está penetrada de la unción del Espíritu santificador, se convierte en un canal viviente que nada retiene de la acción divina. Antes de Pentecostés, los Apóstoles predicaban, pero casi sin fruto. Al cabo de aquellos diez días de retiro en que vivieron interiormente, el Espíritu de Dios los invadió, transformándolos, y entonces sus primeros ensayos de predicación fueron pescas verdaderamente milagrosas. Lo mismo acontece con los sembradores evangélicos. Con la vida interior se convierten en portadores de Cristo. Plantan y riegan con toda eficacia. Y entonces el Espíritu Santo da el ciento por uno. Su palabra es a la vez la semilla que cae y la lluvia que fecundiza, jamás les falta el sol que da el crecimiento y la sazón. *Est tantum lucere, vanum,* decía San Bernardo; *tantum ardere, parum;*

---

(57) Nec enim assueti cum Deo colloqui quum de eo ad homines dicunt vel consilia christianae vitae impertiunt, prorsus carent divino afflatu; ut evangelicum verbum videatur in ipsis fere intermortuum. Vox eorum quantavis prudentiae vel facundiae laude clarescat, vocem minime reddit Pastoris boni quam oves salutariter adulant; strepit enim difflluitque inanis... (Pío X, Exhor. ad cler. cath. 4 agosto 1908).

Esta exhortación que el corazón paternal de Pío X dirige a los ministros de Dios es un impresionante llamamiento a la santidad sacerdotal, cuya necesidad y naturaleza expone, indicando por medio de una serie de consejos prácticos, los medios de adquirirla y conservarla.

*ardere et lucere perfectum.* Y más adelante: *Singulariter apostolis et apostolicis viris dicitur: Luceat lux vestra coram hominibus, nimirum tanquam accensis et vehementer accensis* (58). El apóstol encuentra la elocuencia evangélica en la vida de unión con Jesús, en la oración y en la guarda del corazón, pero también en la Sagrada Escritura, que estudia y saborea con pasión. Toda palabra salida de la boca de Dios y dirigida al hombre; toda expresión que brotó de los labios adorables de Jesús, es estimada por él como un precioso diamante, cuyas facetas admira a la luz del don de sabiduría, que tiene en él un gran desarrollo. Pero como *siempre comienza por orar* para abrir después los libros inspirados, no sólo admira, sino también *saborea* sus enseñanzas, como si el Espíritu Santo se las hubiera dictado personalmente. Qué unción la suya cuando cita la palabra de Dios en el púlpito, y qué diferencia entre las luces que difunde y las sabias o ingeniosas aplicaciones que pueda hacer un orador que cuenta exclusivamente con los recursos de su razón y con una fe casi abstracta o muerta. El primero enseña la verdad *viviente,* y envuelve las almas en una realidad que las ilumina y vivifica. El segundo sólo puede hablar de ella como de una ecuación algebráica, cierta sin duda, pero fría como ella y sin relación alguna con lo más íntimo de la existencia. Hace de ella una verdad abstracta, en forma de simple memorial, que únicamente mueve los corazones

(58) Serm. de S. J. Baut. El brillo sólo es vanidad, el calor sólo es poca cosa; el brillo y el calor, la perfección. A los apóstoles y a los hombres apostólicos se les ha dicho: Vuestra luz ha de brillar ante los hombres. Efectivamente, deben ser ardientes y muy ardientes.

por lo que puede llamarse el carácter estético del cristianismo. "La majestad de la Escritura me asombra; la sencillez del Evangelio me habla al corazón", confesaba el sentimentalista J. J. Rousseau. Pero estas vagas y estériles emociones, ¿qué valen para la gloria de Dios? El verdadero apóstol tiene el secreto de mostrar el Evangelio en toda su verdad, que es siempre actual, siempre operante, e incesantemente renovada, por ser divina, para el alma que toma contacto con aquél. Y sin preocuparse de sentimentalismos, va directamente, por medio de la palabra de Vida, hasta la voluntad donde reside la correspondencia con la verdadera vida. Las convicciones que produce, engendran amor y resolución. Sólo él tiene la verdadera elocuencia evangélica.

No hay vida interior completa sin una tierna devoción a María Inmaculada, canal por excelencia de todas las gracias, sobre todo de las gracias de elección. El apóstol, habituado a recurrir a María en todas ocasiones, con lo que demuestra su amor de hijo a esta Madre incomparable, como dice San Bernardo, encuentra en la exposición del dogma de la maternidad divina y humana de María acentos que interesan y conmueven a sus oyentes y, sobre todo, les persuaden de la necesidad de recurrir en todas sus dificultades, a la Dispensadora de la Sangre Divina. Con dejar que hablen su experiencia y su corazón, gana las almas para la Reina del Cielo y mediante ella las hace entrar en el Corazón de Jesús.

### c) LA VIDA INTERIOR, POR ENGENDRAR LA VIDA INTERIOR, HACE QUE SUS RESULTADOS EN LAS ALMAS SEAN PROFUNDOS Y DURADEROS

Este capítulo, añadido a las primeras ediciones, convendría escribirlo en forma de carta dirigida a cada uno de nuestros compañeros.

Hemos considerado la dependencia esencial que las obras tienen de la vida interior del obrero evangélico. La oración y la reflexión nos ha guiado a analizar desde otro punto de vista la infecundidad de algunas obras, y creemos no equivocarnos al formular esta proposición:

*Una obra no echa raíces profundas, no se estabiliza, ni se perpetúa, sino cuando el obrero evangélico ha engendrado en las almas la vida interior.*

Pero esto no lo logrará si él mismo no está nutrido a fondo de esta vida interior.

En el capítulo III de la segunda parte reproducimos las palabras del Canónigo Timon-David, sobre la necesidad de formar en cada una de las obras un grupo de cristianos fervorosos, para que ellos, a su vez, ejerzan un verdadero apostolado con sus compañeros. ¿Quién no aprecia la eficacia de estos fermentos y hasta qué punto pueden MULTIPLICAR esos colaboradores el poder de la acción del apóstol? Ya no trabaja solo, porque se han centuplicado sus medios de acción.

Apresurémonos a decirlo: Solamente el hombre de obras que sea verdaderamente interior tiene *la vida necesaria para crear otros focos de vida fecunda.*

Cuando se trata de obras laicas, es fácil encontrar cooperadores capaces de hacer la propaganda necesaria y ocuparse en ellas e influir en su desarrollo por espíritu de camaradería o de cuerpo y aun por rivalidad con otros similares; para ello bastan el fanatismo, la concurrencia, el sectarismo, la ilusión de la gloria, el interés y la ambición. Pero ¿qué palanca que no sea la vida interior intensa podrá encontrarse para levantar los apóstoles que el Corazón de Jesús pide, partícipes de su dulzura y humildad, de su bondad desinteresada y de su celo en mirar exclusivamente a la gloria de su Padre?

*Mientras las obras no realicen estos cometidos, su existencia será efímera.* Hasta puede afirmarse que no sobrevivirán a sus fundadores: La razón de la perpetuidad de algunas obras es que la vida interior engendró la vida interior. Un ejemplo nos lo aclarará:

El sacerdote Allemand, muerto en olor de santidad, fundó en Marsella, antes de la revolución, la Obra de Juventudes para Estudiantes y Empleados. Al cabo de más de un siglo, esta obra conserva el nombre de su fundador y tiene una prosperidad admirable. Aquel sacerdote, sin embargo, tenía las peores condiciones naturales para garantizar el éxito de su obra; era miope, tímido, carecía de dotes oratorias y parecía incapaz de desarrollar la actividad intensa que su empresa reclamaba.

Su semblante, algo grotesco, hubiera provocado la risa, sin la bondad de su alma reflejada en su mirada y en todo su porte, merced a la cual aquel hombre de Dios tenía sobre la juventud un dominio que imponía respeto, estima y cariño a la vez. Aquel sacerdote no quiso edificar su obra sino sobre la vida in-

terior, y tuvo fuerza bastante para formar un grupo de jóvenes a los cuales no titubea en exigir dinero de sus posibilidades, una vida interior integral, la guarda del corazón sin reservas, la oración de la mañana, etc.; en una palabra, la vida cristiana completa, como la comprendían y practicaban los primeros cristianos.

Y esos jóvenes apóstoles, que han ido sucediéndose en Marsella, continúan siendo el alma de aquella Obra, que ha dado a la Iglesia muchos Obispos y sigue dándole sacerdotes, misioneros, religiosos y miles de padres de familia, que son en la ciudad fócea los puntales más importantes de las obras parroquiales y forman una pléyade de hombres, honor del comercio, de la industria y de las diversas profesiones, y foco al mismo tiempo del verdadero apostolado.

Hemos hablado de los padres de familia. Esta palabra evoca una afirmación que se oye por todas partes, y es la siguiente:

"El apostolado que se ejerce con relativa facilidad sobre los jóvenes de ambos sexos, y sobre las madres, es casi imposible cuando se trata de los hombres. Y, sin embargo, mientras no consigamos que los padres de familia sean buenos cristianos y apóstoles, la influencia tan estimable de las madres quedará paralizada o será muy efímera, y jamás llegaremos a implantar el reinado social de Jesucristo. Y, sin embargo, es inútil toda tentativa para atraer a los hombres y hacerles cristianos de fondo en esta parroquia, en esta barriada, en este hospital, en esta fábrica, etcétera."

Esta confesión de nuestra incapacidad, ¿no es muchas veces una certificación de la insuficiencia de

nuestra vida interior, que es la única que nos sugeriría recursos para evitar que tantos hombres escapen a la acción de la Iglesia? ¿No abandonamos muchas veces la preparación laboriosa de sermones con que despertar en los cerebros y en los corazones de los hombres las convicciones profundas, los amores y las resoluciones, contentándonos con esos fáciles triunfos oratorios sobre auditorios de jóvenes o mujeres? La vida interior es la que podría sostenernos en esos oscuros y penosos trabajos de siembra, por otra parte, tan infructúosos en apariencia. Solamente ella nos haría comprender la fuerza de acción que podrían darnos la oración y la penitencia, y cómo nuestros progresos en la imitación de las virtudes de Jesucristo decuplicarían la eficacia de nuestro apostolado sobre los hombres.

Se nos habla de una obra militar establecida en una de las más importantes ciudades de Normandía, y tales eran los detalles que se nos daban, que la sorpresa nos hacía dudar de la verdad de las informaciones que recibíamos. Por ejemplo: que los soldados acudían a las funciones religiosas de adoración para reparar las blasfemias y vicios del cuartel, en mayor número que a los conciertos de música o a las sesiones de teatro. Hubimos de rendirnos a la evidencia cuando nos informamos del amor que tenía el Capellán al Tabernáculo y de los apóstoles que había sabido formar a los pies de Jesús.

Después de este ejemplo, ¿qué se puede pensar de otros apóstoles para quienes los cines, los tablados, la acrobacia, etc., constituyen el programa de un quinto Evangelio para la conversión de los pueblos?

A falta de otros recursos, éstos servirán para atraer adeptos o alejarlos de otros lugares peligrosos, ¡pero el provecho será tan pequeño y tan efímero! Dios nos libre de desalentar a nuestros queridos compañeros que no pueden *concebir* ni emplear sino esos medios y piensan (como nosotros en la misma inexperiencia de nuestros primeros años de apostolado) que sus patronatos quedarían desiertos el día en que ellos destinasen menos tiempo a la preparación de las recreaciones, que estiman condición *sine qua non* de la marcha próspera de sus obras. Nos limitamos a ponerlos en guardia contra el peligro de dar demasiado espacio a esos medios, a desearles la gracia de comprender la tesis del canónigo Timon-David, cuya conversación hemos relatado en uno de los primeros capítulos.

Un día, cuando no llevábamos sino dos años de sacerdocio, aquel venerable sacerdote se creyó en la obligación de terminar su conversación con nosotros con estas palabras dichas en el tono más fraternal, pero no sin un dejo de compasión: "*Non potestis portare modo;* más adelante, a medida que avance usted en la vida interior, podrá comprenderme mejor. Hoy, teniéndolo todo en cuenta, debe emplear esos medios de los que no puede prescindir por carecer de otros. En cuanto a mí, conservo perfectamente su número con los viejos juegos de siempre, que tienen la novedad de ser muy baratos y hacer descansar al espíritu, por su misma sencillez. Ya ha visto usted en el desván, agregó finalmente, los instrumentos de música que en mis principios consideré indispensables. Pero mire; precisamente en este momento está llegando la música que tenemos ahora. Usted juzgará por sí mismo."

En efecto, pocos minutos después desfilaba delante de nosotros un grupo de unos cincuenta muchachos de doce a diecisiete años. ¡Qué zambra armaban! ¿Quién hubiera podido reprimir una carcajada a la vista de aquel batallón que el viejo canónigo contemplaba con satisfacción? "Mire, me dijo, el que va delante vuelto de espaldas, agitando el bastón como un músico mayor, o se lo lleva a los labios a guisa de clarinete, es un suboficial que está con licencia y es uno de mis más eficaces colaboradores. Cuando su cargo se lo permite, comulga todos los días y jamás deja la media hora diaria de oración. Es un animafiestas extraordinario, y siempre pone a contribución su talento para que no decaigan la alegría y las diversiones de los *medianos*. Tiene mil recursos para sostener el entusiasmo de estos jóvenes. Pero nada escapa a su vigilancia y a su corazón de apóstol." Ciertamente no podía uno menos que reírse ante aquella serie de vulgaridades, tan conocidas y oídas, que ejecutaban los músicos: "*El pato abriendo las alas*", "*Has visto mi gorra*", etc. En cuanto el jefe de orquesta daba la señal con su ejemplo, se cambiaba de pieza. Cada uno de los ejecutantes imitaba un instrumento. Unos ponían las manos a modo de bocina delante de la boca; otros soplaban sobre un papel haciéndolo vibrar, unos pocos habían hecho unas flautas con cañas. Me olvidaba del sacabuche y del bombo que llevaban dos ejecutantes de primera fila. El primero estaba formado por dos palos, a uno de los cuales el músico le daba un movimiento de tira y afloja y vaivén, y el segundo era un bidón viejo de petróleo. Tenían tal cara de satisfacción todos ellos que se veía que estaban encantados con su orquesta.

Vamos detrás de ellos, me dijo el canónigo. Al final de la avenida se levantaba una estatua de la Virgen. "Compañeros, dice el músico mayor. Todo el mundo de rodillas. Vamos a rezar a nuestra Madre un *Ave maris stella,* y diez Avemarías." Todos ellos quedan en silencio y luego responden pausadamente a las Avemarías como si estuvieran en la capilla. Todos aquellos meridionales, con los ojos bajos, que unos momentos antes eran unos verdaderos diablillos, se transforman en ángeles de Fr. Angélico, "No olvide usted, me dijo mi guía, que este es el termómetro de mi obra. Retener a los jóvenes aun de veinte años pasados, por medio de juegos sencillos que despierten su entusiasmo; conseguir que en sus horas de oración y recreo encuentren sus almas de niños, y que se entretengan con niñerías, y llegar a hacerles rezar, pero rezar bien, aun en medio de sus juegos; esto es lo que se proponen todos nuestros colaboradores."

Los músicos se ponen en pie y comienzan de nuevo el estrépito, que llena la plaza. Un momento después pasaron al juego de barra, que les apasionaba. Observamos que el suboficial, al levantarse después del *Ave maris stella,* dijo algo al oído de dos o tres de los jóvenes, quienes con semblantes alegres, y como obedeciendo a una costumbre, quitándose las blusas y las alpargatas con que jugaban, se dirigieron a la capilla para pasar un cuarto de hora a los pies del Divino Prisionero.

"Nuestra ambición —agregó entonces Timon-David con una profunda convicción—, nuestra ambición debe dirigirse a formar celadores que tengan tan intenso amor a Dios, que cuando dejen el patronato y formen una familia sigan siendo apóstoles y se pre-

ocupen en comunicar al mayor número posible de almas los ardores de su caridad. Si nuestro apostolado se limitase a la formación de buenos cristianos, ¡qué ideal tan pobre el nuestro! Debemos aspirar a la creación de legiones de apóstoles, para que la familia, que es la célula fundamental de la sociedad, se convierta en un centro de apostolado. Pero sólo una vida de sacrificio y de intimidad con Jesús podrá darnos la fuerza y el secreto de realizar este programa integral. Unicamente así nuestra acción en la sociedad tendrá la fuerza que deseamos, y se cumplirán las palabras del Maestro: *Ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur* (59).

Por desgracia, tuvieron que pasar algunos años para que llegásemos a penetrar el alcance de aquellas lecciones vivientes del canónigo, tan psicólogo y hombre práctico, y comparar, puesta la mira en Dios, para quien nada son los éxitos aparentes, los resultados de los distintos medios empleados.

Estos medios sirven, según que sean sencillos como el Evangelio o complicados como cuanto es demasiado humano, para apreciar las obras y sus autores.

El joven David avanzó frente a Goliat, contra quien habían luchado inútilmente los más poderosos ejércitos de Israel. Le bastaron una onda, un cayado y cinco piedras. Pero su frase *In nomine Domine exercituum* (60) era ya un alma capaz de llegar a la santidad.

En estos tiempos se habla mucho de las obras laicas post-escolares. Pero por muy grandes que sean las sumas que el Estado gaste en su sostenimiento, y

(59) Luc., XII, 49.
(60) I. Reg. XXVII, 45.

magníficos locales en que se establezcan, las obras post-escolares de la Iglesia nada podrán temer de ellas, si se las fundamenta en la vida interior, y además porque el ideal que las inspira tiene atractivos para arrastrar a los jóvenes, llevándose a lo más escogido de la juventud.

Terminemos con un episodio al caso, que nos servirá para analizar al hombre de obras, que, al parecer sabe llevar las almas a Dios Nuestro Señor y hacer de ellas apóstoles suyos, pero que en realidad se limita a suscitar entusiasmos nacidos de la simpatía hacia su persona y de la acción magnética que ejerce en torno suyo. Entusiasmados de estar con un hombre encantador, que es muy piadoso y orgulloso de ser el objeto de sus ocupaciones y desvelos, los adeptos le hacen la corte, por decirlo así, y por darle gusto aceptan toda clase de prácticas, aun aquellas que por exigir esfuerzos parecen reflejar la verdadera devoción.

Una Congregación de Hermanas Catequistas, dignas de admiración, era dirigida por un Religioso cuya vida acaba de publicarse. Un día dijo a la Madre Superiora: "Mire, Madre, creo que la Hermana X... debe dejar de explicar el catecismo durante un año por lo menos. —Pero si es la mejor catequista que tengo. De todos los arrabales de la ciudad acuden los niños atraídos por el cariño con que los trata. Retirarla del catecismo sería ver la desbandada de todos los niños. El Padre le responde: Desde la tribuna suelo escuchar sus instrucciones. En efecto, tiene encantados a los niños, pero de un modo excesivamente humano. Si pasa otro año de noviciado se formará mejor en la vida interior y santificará su

alma y la de los niños con su celo y su talento; pero ahora es un obstáculo para que Nuestro Señor ejerza su acción en esas almas, que está preparando para la primera Comunión... Veo, Madre, que os entristece mi insistencia. Pues bien; voy a proponerle una transacción. Conozco la Hermana N..., alma de gran vida interior, aunque desprovista de talentos. Pídale a la Madre General que se la envíe para unos meses. La primera acudirá al catecismo durante el primer cuarto de hora, para que no se cumplan vuestros temores de deserción de los pequeñuelos, y poco a poco irá reduciendo los minutos, hasta retirarse del todo. Usted verá cómo los niños harán mejor sus oraciones y cantarán los cantos más fervorosamente. El recogimiento y la docilidad que adquirirán serán un reflejo del carácter sobrenatural de sus almas. Ese será el termómetro."

A los quince días (la Superiora pudo comprobarlo) la Hermana N... explicaba sola la lección y el número de los niños había aumentado. Era Jesús quien daba el catecismo por ella. Con su mirada, modestia, dulzura y bondad; con la manera de hacer la señal de la Cruz; con su voz *enseñaba* a Nuestro Señor. La Hermana X... con su talento aclaraba y hacía más. Desde luego, trabajaba en la preparación de las explicaciones, para exponerlas con claridad, pero el secreto de su dominio sobre sus oyentes era la *unción* de su palabra y de su gesto. Esa unción es la que pone a las almas en contacto con Jesús.

En el catecismo de la Hermana N... no había brillantes párrafos, ni miradas atónitas, ni la fascinación que pudiera provocarse con la interesante con-

ferencia de un explorador o la narración emocionante de una batalla.

Allí se respiraba la atmósfera del recogimiento en la atención. Los niños estaban en la sala de catecismo como si fuera la Iglesia, sin necesitar el empleo de ningún medio humano para evitar la distracción o el aburrimiento. ¿Qué influencia misteriosa planeaba sobre los asistentes? Sin duda, la de Jesús, que se ejerce directamente. Porque un alma interior explicando las lecciones de catecismo, es como una lira que suena pulsada por los dedos del divino Artista. Y ningún arte humano, ni el más maravilloso, puede compararse con la acción de Jesús.

### *f*) LA VIDA INTERIOR, POR LA EUCARISTÍA, RESUME TODA LA FECUNDIDAD DEL APOSTOLADO

El fin de la Encarnación, y en consecuencia de todo apostolado, es divinizar a la humanidad. *Christus incarnatus est ut homo fieret Deus* (61). *Unigenitus Dei Filius suae divinitatis volens nos esse participes, naturam nostram assumpsit ut homines deos faceret factus homo* (62).

Pero el apóstol se asimila la vida divina en la Eucaristía; mejor dicho en la vida eucarística, o sea en la sólida vida interior que se nutre en el divino banquete. Así lo asegura la palabra perentoria e inequívoca del Maestro: *Nisi manducaveritis carnem*

(61) Jesucristo se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios. (San Agustín).

(62) Queriendo que participemos de su divinidad, el Unigénito de Dios, tomó nuestra naturaleza para que, hecho hombre, hiciera a los hombres dioses. (San Tomás, Ofic. del Corpus).

*Filii hominis et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis* (63). La vida eucarística es la vida de Nuestro Señor en nosotros, no sólo por el estado de gracia que es indispensable para tenerla, sino, además, por una sobreabundancia de su acción. *Veni ut vitam habeant et abundantius habeant* (64). Si el apóstol debe tener una sobreabundancia de vida divina para distribuirla entre los fieles y no encuentra otro manantial que la Eucaristía para tomarla, ¿cómo imaginar que las obras puedan ser eficaces sin la acción de la Eucaristía en aquellos que, directamente o indirectamente, deben ser los dispensadores de esa vida por medio de sus obras?

Es imposible meditar en las consecuencias del dogma de la presencia real, del sacrificio del altar y de la comunión, sin llegar a la conclusión de que Nuestro Señor instituyó este Sacramento con el fin de hacerlo *foco de toda actividad, de toda abnegación y de todo apostolado,* que sean de utilidad verdadera para la Iglesia. Si toda la Religión gravita en torno del Calvario, todas las gracias de este misterio brotan del altar. Y la palabra evangélica del obrero que no viva del altar, será una *palabra muerta,* que no podrá salvar a nadie porque sale de un corazón que no está bastante impregnado de la Sangre redentora.

Profundo fue el designio del Salvador al explicar después de la cena, sirviéndose de la parábola de la vid y los sarmientos, la inutilidad de toda acción que no esté animada del espíritu interior: *Sicut palmes*

---

(63) Si no comiéreis la carne del hijo del Hombre, ni bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. (San Juan, VI, 54).

(64) Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia. (San Juan, X, 10).

*non potest ferre fructum a semetipso, sic nec vos nisi in me manseritis* (65). E inmediatamente indica el valor de la acción, ejecutada por el apóstol que vive la vida interior, es decir, la vida eucarística: *Qui manet in me et ego in eo, hic fert fructum multum* (66).

*Hic,* o sea sólo él. Dios no obra con eficacia sino por él. Es lo que dice San Atanasio: "*Nosotros nos hacemos dioses por la carne de Cristo.*" Cuando el predicador o el catequista conservan en su ser el calor de la Sangre divina, y su corazón está abrasado por el fuego que consume al Corazón Eucarístico, ¡cómo vive, arde e inflama su palabra! Y ¡cómo irradian los efectos de la Eucaristía en una clase, en la sala de un hospital, en un patronato, etc., cuando aquellos que Dios escogió para directores de sus obras reanimaron su celo en la comunión, viniendo a ser verdaderos portadores de Cristo!

La Eucaristía, vida del verdadero apóstol, hace sentir sus efectos incomparables contra el enemigo de nuestra salvación, ya se trate del demonio, tan hábil en retener las almas en la ignorancia o del espíritu soberbio o impuro que trata de emborracharlas de orgullo o de ahogarlas en el fango.

El amor se perfecciona en la Eucaristía. Ese viviente memorial de la Pasión aviva el fuego divino del apóstol cuando iba a apagarse. Le resucita Getsemaní, el Pretorio y el Calvario y le da la ciencia del dolor y la humillación. El obrero apostólico habla a los afligidos en una lengua que les hace participar

---

(65) Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, tampoco vosotros si no estuviereis en mí. (San Juan, XV, 4).

(66) El que está en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto. (S. Juan, XV, 5).

de los consuelos que se encuentran en esa escuela divina. Tiene el lenguaje de las virtudes cuyo ejemplar es Jesús, porque cada una de sus palabras es como una gota de la Sangre eucarística, derramada en las almas. Sin ese reflejo de la vida eucarística, la palabra del hombre de obras producirá un efecto momentáneo. Unicamente las facultades secundarias serán impresionadas, y ocupadas las avanzadas de la plaza; pero la ciudadela, que es la voluntad y el corazón, quedará sin ser tomada la mayor parte de las veces.

*La fecundidad del apostolado, casi invariablemente, es paralela al grado de vida eucarística alcanzado por el alma del apóstol.* Efectivamente, un apostolado será eficaz en la medida en que provoque en las almas la sed de participar frecuente y prácticamente en el divino banquete. Y este resultado no se obtiene sino en la medida en que el mismo apóstol vive en verdad, de Jesús-Hostia.

Semejante a Santo Tomás, que hundía su cabeza ante el tabernáculo para hallar la solución de las dificultades teológicas, el apóstol también se postra allí para confiar al huésped divino todos sus secretos, y su acción sobre las almas es el resultado práctico de sus confidencias con el Autor de la vida.

Nuestro admirable Pontífice y Padre, Pío X, el Papa de la comunión frecuente es también el Papa de la vida interior. *Instaurare omnia in Christo* (67) ha sido la primera palabra que dirigió, programa de un apóstol que vive de la Eucaristía y no aprecia más triunfos de la Iglesia que los progresos de las almas en la vida eucarística.

---

(67) Restaurar todas las cosas en Jesucristo. (Efes., I, 10).

¿Por qué las obras de nuestro tiempo, tan variadas, pero tan estériles, no han regenerado la sociedad? Confesémoslo una vez más; su número es mayor que el de los siglos pasados y, sin embargo, no han logrado impedir que la impiedad arrasara en proporciones alarmantes el campo del padre de familias. ¿Por qué? Porque no están suficientemente enquistadas en la *vida interior*, en la *vida* eucarística ni en la *vida* litúrgica bien entendida. Los hombres de obras que las dirigen pudieron explayar en ellas su filosofía, su talento y su piedad hasta cierto punto; lograron lanzar algunas llamaradas de luz y adoptar algunas prácticas de devoción. Pero *como no bebieron de la fuente de la vida,* no pudieron irradiar el calor que doblega las voluntades. En vano hubieran pretendido despertar esas abnegaciones ocultas, pero irresistibles, ni esos fermentos activos de las colectividades, ni esos focos de atracción sobrenatural, que son irreemplazables, y que silenciosa y constantemente propagan el incendio en su torno y penetran con lentitud, pero con seguridad, en todo género de personas que están a su alcance. Su vida en Jesús era muy débil para alcanzar esos resultados.

En siglos pasados bastaba una piedad ordinaria para preservar a las almas del contagio del mal. Pero para el virus actual, que tiene una violencia centuplicada, inoculada por los incentivos del mundo, se precisa un suero vivificador mucho más enérgico. Por carecer de laboratorios capaces de producir contravenenos eficaces, las obras se han limitado a provocar un fervor sentimental manifestado en grandes arranques que se extinguían a poco de nacer, o cuan-

do han logrado mejores frutos, se redujeron a exiguas minorías. Los seminarios y noviciados no han producido esos enjambres de sacerdotes, religiosos y religiosas, bien embriagados del vino eucarístico. Por eso, el fuego que por su conducto debía transmitirse a los seglares piadosos, consagrados a las obras, ha quedado en estado latente. La Iglesia ha contado, no hay duda, con apóstoles evangélicos formados por la vida eucarística, en esa piedad integral, en esa guarda del corazón y en ese celo ardiente, activo, generoso y práctico, que se llama la vida interior.

No es raro calificar de *buena* y hasta *excelente*, a una parroquia, porque la gente saluda con respeto al sacerdote, le responde con cortesía, le manifiesta sus simpatías y hasta le presta algunos servicios, aunque la mayor parte de los feligreses trabaje los domingos en vez de ir a misa y no frecuente los sacramentos, con una ignorancia de la Religión pareja de las intemperancias y blasfemias que se escuchan, con el consiguiente quebranto de la moral. ¡Qué desgracia! ¿Y a eso se llama excelente Parroquia? ¿Pueden denominarse cristianos los que hacen una vida totalmente pagana?

¿Por qué nosotros, los obreros evangélicos, que lamentamos esos resultados no vamos con más frecuencia a esa escuela donde el Verbo instruye a los predicadores? ¿Por qué no hemos ido a beber la palabra de vida más a fondo, en esa intimidad de corazones con el Dios de la Eucaristía? Como Dios no hablaba por nuestra boca, ha sido fatal el resultado. No nos extrañemos más de la esterilidad de nuestra palabra.